



LA  
ULTIMA  
SONRISA

Pasco  
91

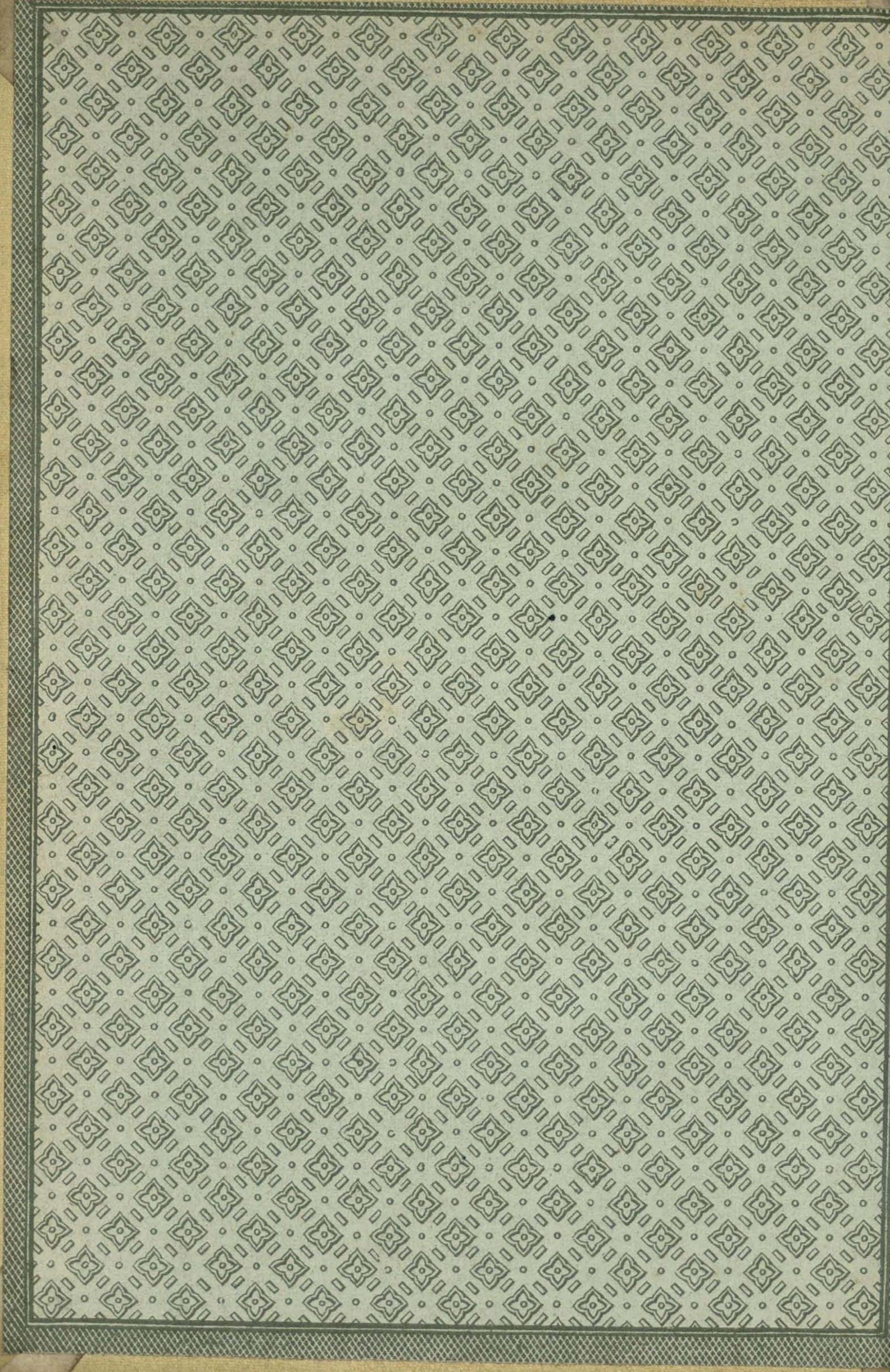
LA  
ÚLTIMA  
SONRISA

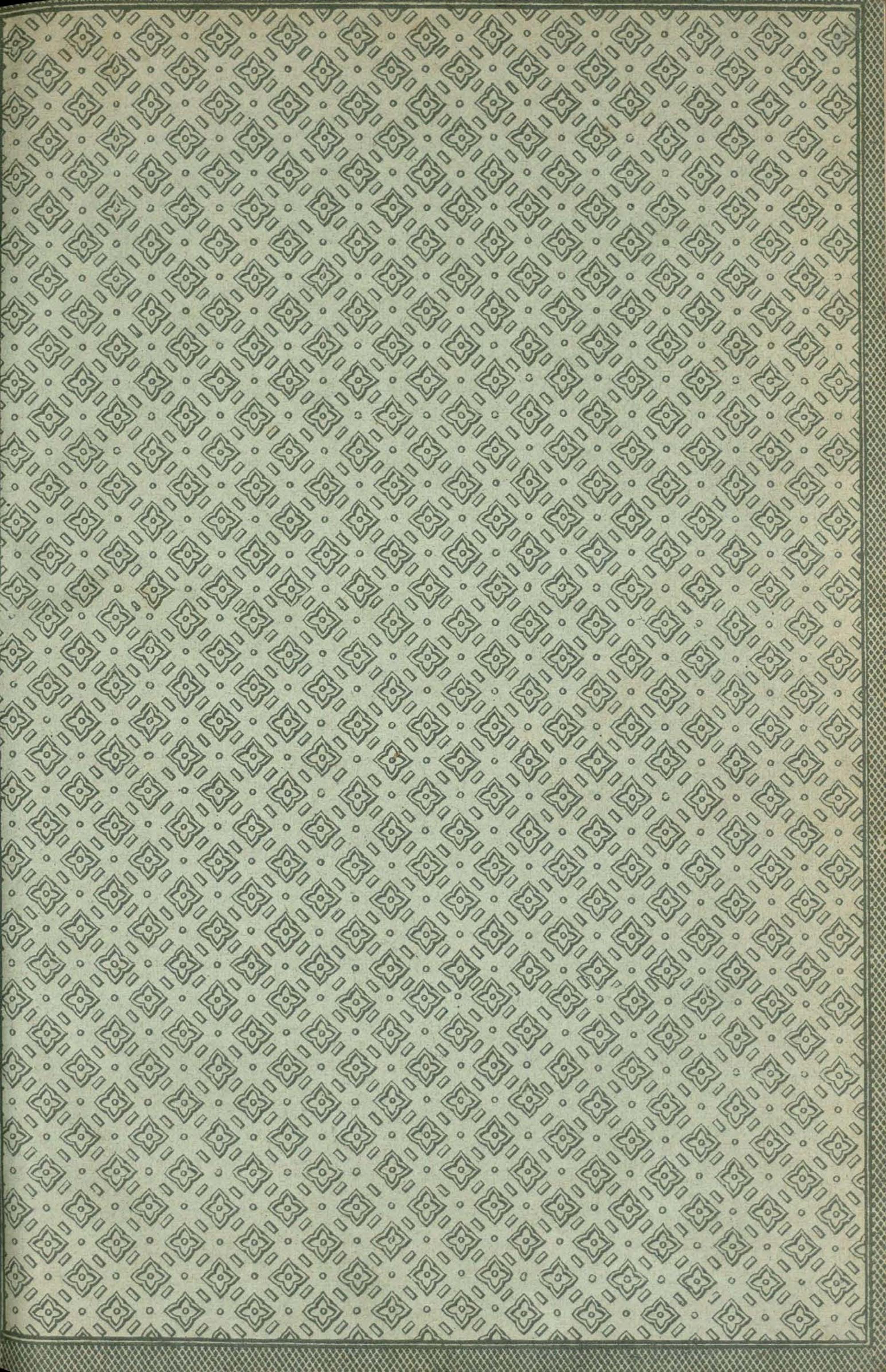


MONTANER  
Y  
SIMON.  
EDITORES

H. MIRALLES BARNAS











A-770

R  
28704

LA

ÚLTIMA SONRISA



LA  
ÚLTIMA SONRISA

NOVELA ORIGINAL

DE

DON LUIS MARIANO DE LARRA

ILUSTRADA POR DON ALFREDO PEREA



BARCELONA

—  
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN. NÚMS. 309 Y 311

1891



ESTADO LIBRE

---

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

---

A la memoria de mi querido y malogrado amigo Carlos Coello

Elévase el palacio de Plutón en medio de los Eliseos Campos, y allí el Sombrio Dios, sentado sobre un trono de hierro según unos, de ébano según otros, con un cetro en la diestra y con una inmensa llave en la mano izquierda, para significar que el que entra en sus dominios no puede salir jamás de ellos, rige su negro imperio con absoluto irresistible poder.

A sus pies están, según la misma Mitología nos enseña, las tres inexorables Parcas, sordas á los ruegos, insensibles á las alabanzas, indiferentes á las amenazas, hilando la vida de los mortales en esta forma: Cloto tiene la rueca; Láquesis da vuelta al huso, torciendo el hilo de la vida, blanco cuando ésta es próspera, negro si es desgraciada, y Atropos le corta en el instante señalado por el Destino para término de la existencia del mortal.

Este es el procedimiento de la muerte del hombre, según la **Ciencia de la Fábula**; entendiéndose por tal la historia de las divinidades adoradas por los pueblos hasta que el Evangelio disipó las tinieblas en que éstos yacían.

Ahora, según el procedimiento de Flammarión, ó sea según la **Fábula de la Ciencia**, la Muerte es un ejecutor de la Justicia divina que con su guadaña inmensa siega cada segundo la existencia de un mortal; lo que hace 3.600 cadáveres por hora, ó 76.400 muertos por día, ó 27 886.000 interfectos por año.

Es decir, que con las tijeras prehistóricas ó con

*la guadaña post-histórica la vida no es más que la antesala de la muerte; que sólo para morir se nace; y que vayan las almas de los humanos, después de haber habitado la tierra, á los siete avernos de Plutón, ó á los cuatro infiernos del catolicismo, ó á los infinitos planetas, soles y estrellas de Flammarión, por los siglos de los siglos, ello es que la existencia terrenal es un soplo, y que el afán de aplausos, gloria, renombre y popularidad de los hombres es el colmo de la insensatez y la mayor prueba de que el ser humano, por lo menos el habitante de este planeta, que es el único que conocemos, sólo es*

*vanitas vanitatum et omnia vanitas.*

*Aquel perpetuo afán de sobresalir del resto de los humanos; aquel bullir incesante que te empujaba del café al teatro, del Ateneo al periódico, del libro á la Conferencia, del saloncillo á la tertulia, sin tregua, sin descanso, sin sosiego; aquel empeño, después de todo, noble ideal, como hijo del alma que era, de que no existiese proyecto literario sin tu nombre, corona poética sin tu soneto, reunión sin tu presencia, estreno sin tu aplauso; aquella insaciable prodigalidad de tu persona, de tu entidad literaria, de tu ambición exuberante, ¿dónde es ida? ¿para qué ha servido? ¡Pobre amigo mio! Para que el pesado manto del olvido cayera sobre la losa de tu sepulcro á las veinticuatro horas de tu muerte. ¡El olvido eterno, el silencio absoluto, la nada! Como si no hubieras vivido, como si no hubieras nacido. Y como tú, ciento, mil, cien mil, millones de millones de artistas, de poetas, de sabios, de políticos, de gue-*

rreros. *La generación pasada, la presente, la venidera; el infusorio, el vegetal, el hombre; la nación, el hemisferio, el planeta; los siglos, las edades, las creaciones, en fin, corriendo en vertiginosa carrera y cayendo atropelladas en la nada para la perpetua destrucción y la eterna renovación del Universo.*

*Desde la altura filosófica en que se coloca la vejez por breves años ó soplos, ¡qué efímera es la vida, qué pequeña la tierra, qué limitado el ser humano! En la pequenísima esfera intelectual de cada país, desaparece por completo cada treinta años una generación; y el que ha visto morir toda la falange de la primera que admiró, donde estaban sus padres y maestros, y asiste á la extinción total de la segunda que amó, donde están sus hermanos y sus amigos, y parte de la tercera, donde viven sus hijos y sus discípulos, siente en su alma y en su pensamiento el verdadero vacío de la máquina neumática, que le aísla por completo del resto de la creación, pero que con su aislamiento le aturde, le asfixia y le mata. La casa sin dioses lares, el templo iconoclasta sin imágenes, el foro sin rostro ó tribuna... Por todas partes ruinas, soledad y silencio; cada ciudad es una nueva Pompeya; y entonces recita sollozando, al ver la nada de la Patria, la magnífica lamentación primera de Jeremías:*

*Quomodo sedet sola civitas plena populo?  
Facta est quasi vidua Domina gentium.*

*Plorans plorabit in nocte, et lacrimae ejus in maxillis ejus, etc.*

*Entonces y sólo entonces se comprende y se admira aquella otra lamentación contemporánea de Selgas.*

*otro de los desaparecidos y de los ya olvidados, al juzgar la sed de gloria, el afán de éxito, la ambición de renombre:*

*«Esta frivolidad inquieta y presuntuosa de nuestro espíritu — decía en un artículo — explica las constantes inconstancias de la celebridad que concedemos. Nada hay más pasajero, más fugitivo que los honores que ella dispensa; con la misma facilidad que ensalza, olvida; pasa repentinamente del asombro á la indiferencia; hoy arquea las cejas y mañana se encoge de hombros; inciensa un momento á sus ídolos y en otro momento les vuelve la espalda. Por un torero deja á un ministro, por una bailarina á un sabio, por la fiesta de un banquero la hazaña de un héroe, por un dije un libro.*

*»Necesita una novedad á cada instante: no es posible detenerla un día entero en ninguna parte.»*

*Tal es, en rápido bosquejo, la celebridad á que en el siglo del vapor y de la luz eléctrica pueden aspirar la virtud, la sabiduría, el valor y el genio.*

*¿Quién la desea?*

*Muchos.*

*¿Quién la alcanza?*

*Cualquiera.*

*¿A quién inmortaliza?*

*A nadie.*

Luis Mariano de Larra



## CAPÍTULO PRIMERO

### SALEN DEL TALLER

Parece que les sobra el tiempo para todo, y á primera vista cualquiera creería que andan despacio. En grupos de cuatro ó cinco aparecen en el portal; rubia una y casi despeinada; morena y alta otra; ésta de cintura estrecha y anchos hombros; aquélla de cuello desgarbado, pero de ojos negros y preguntones; la una baja, de rostro anémico y pies y manos aristocráticos; la más alta con sonrisa provocativa y andar cadencioso; en una palabra, cada una sabe la cualidad bella que la distingue de sus compañeras, y esa es la que hace valer instintivamente con pueril coquetería y profundo conocimiento estético

Marchan juntas las de cada grupo por dos ó tres calles; y á lo mejor se separa una de ellas, á veces sin despedirse, otras diciendo sólo «hasta luego;» y continúan las demás su camino, quedando dos solas, y quizá una, que con paso rápido penetra en un portal obscuro de alguna callejuela excusada; y el otro grupo hace lo mismo, y lo mismo los otros grupos de las otras tiendas ó talleres. ¿Cuántas son en junto? Cuatro ó cinco mil muchachas de quince á veinte años por lo regular, entre corseteras, modistas propiamente dichas, oficialas de sombreros, costureras de *confecciones* (perdonen los lectores el horrible y transpirenaico vocablo), ribeteadoras, chalequeras, floristas y encajeras. Desde la *princesa altiva*, á la que *pesca en ruín barca*, es toda la escala del trabajo manual femenino. Las primeras y las últimas, la aprendiz y la oficiala primera, la submaestra y la pincha enhebra-agujas; la que ya corta abrigos de peluche y la que barre el escalón de la tienda. A la misma hora, esto es, al mediodía, salen todas, nunca por la puerta principal de la tienda, si hay tienda, sino por el portal con que aquélla se comunica, en grupos como hemos dicho, y atravesando barrios enteros han de llegar á sus casas respectivas, comer, charlar un rato con sus padres ó hermanos, más de dos ratos con el novio ó con el amante ó con el aspirante ó con el protector, y han de desandar el camino andado y estar de regreso, esta vez cada una sola, hasta reunirse tres ó cuatro en el portal, y penetrar en la trastienda, ó su-

bir al entresuelo, rara vez más arriba, una hora después de haber salido. En una hora ¡todo esto! Un hombre necesitaría dos horas y media, ó tendría que hacer lo que hacen los albañiles, comer fumar y dormir la siesta al pie de la misma obra.

Con esos pies, generalmente pequeñitos y bien calzados, aunque el resto del atavío sea humilde ó hasta casi miserable, se cruzan calles, se revuelven esquinas, se hacen paradas imprevistas, se devoran distancias sin dar á entender que se corre cuando casi se vuela. Tras esos pies, siempre al descubierto, aunque la falda sea larga, y que sólo enseñan un dedo de media sobre el zapato ó sobre la botina alta, de color blanco en la aprendiz y cada vez más oscura cuanto es más elevada en jerarquía la propietaria, hasta llegar al negro en la *opulenta*; tras esos pies, decimos, corren los aficionados, que los hay á miles, y que ellas dividen, riéndose, en varias categorías. Figuran en primer término los *mirones*, que son los que se quedan parados al verlas salir juntas; las siguen generalmente desde la otra acera; se recrean en todos sus movimientos, y al quedar sola la última, tuercen la calle y se van por otra, sin haber dirigido á ninguna la palabra. Son admiradores de la colectividad, glotonos de escaparate, como si dijéramos. Siguen á éstos los *piratas*, los que buscan á la desdeñada, á la que ha reñido el día anterior con su novio, á la que se ve en un apuro; en una palabra, á la indefensa, á la que con más facilidad puede caer en sus garras.

Estos no hacen caso de las demás; siguen y persiguen á la que les importa, y en cuanto se separa de sus compañeras, comienzan ó continúan el asalto comenzado con habilidad, con rapidez, con decisión. Después de éstos van los *lilas*, muchachos de la aristocracia ó de la Banca, chicos con dinero, que porque le tienen y visten bien y fuman mejor, se creen seguros conquistadores de muchachas ó chicas que si bien algunas veces *se dan*, generalmente casi nunca *se venden*. De estos *tipos*, según ellas los llaman, se ríen en sus barbas incipientes, y comentan á voz en grito y carcajadas sonoras el andar menudito, la mirada melancólica ó el audaz encontronazo. Cierran el catálogo de estos *amateurs* callejeros los *vampiros*, los viejos verdes, que como las babosas en los jardines cifran toda su dicha en manchar con su baba inmundada las hojas más tiernas de las más bellas flores.

Quédense para el escritor de costumbres todas las escenas amorias que estos seres buscan y aun *perpetran*, y tomemos nosotros de ese mundo que nos rodea los personajes que interesan á nuestro aún no comenzado relato.

De uno de los más acreditados y lujosos almacenes de modas y sombreros de Madrid, situado en una plaza céntrica, salían según costumbre por el portal inmediato, andando más aprisa que sus compañeras, de las cuales tenían sin duda la charla inoportuna, dos jóvenes, no feas por cierto, pero en cuyos sem-

blantes se veía pintada cierta preocupación dolorosa. Interceptaron á una de ellas el paso tres de sus amigas, y separándolas amable, pero resueltamente, se reunió con la otra que ya la esperaba en la calle.

— Perdona, Matilde, pero esas locas querían que me fuera con ellas por la Concepción Jerónima, según costumbre, y he tenido que decirlas claro que me de-  
jaran hoy en paz irme contigo, porque teníamos que hablar.

— Siento, Lola, que por mí te prives de su compañía.

— Déjate de simplezas. A ellas las tengo todos los días y á todas horas á mi lado, y es preciso que aprovechemos tú y yo el tiempo que nos falta para acabar de entendernos. Como la señora no quiere que se pierda el tiempo, y ya nos había echado dos ó tres indirectas y cuatro miraditas terroríficas de las suyas al sorprender nuestros cuchicheos, apenas hemos podido explicarnos. Vamos á ver, ¿qué ha sido de ti en este mes que no has parecido por el taller? ¿Has estado enferma realmente? ¿Tienes disgustos de otra clase? Sé franca conmigo, ya que lo eres poco generalmente con las compañeras, y confía en el refrán que yo he inventado para mi uso particular: «Cabeza de chorlito, corazón de oro.»

— Sé que eres buena y compasiva: te quiero de veras, y estoy tan sola en el mundo, que necesito un ser que me aliente y me comprenda.

— Ese ser soy yo, pintiparado. Comprenderte, con

media palabra; alentarte, con toda mi alma; ayudarte para todo lo que quieras y necesites, con todo lo que soy y lo que tengo. Poquito es y menos valgo, pero no hay amigo ni enemigo pequeño; conqué desembucha al pasó que andamos hacia mi casa, porque en ella no nos dejarían hablar una palabra.

— Un año hace que perdí á mi madre, y mañana es el aniversario de su muerte — dijo Matilde con acento conmovido.

— Motivo es de tristeza; pero en fin, si hace ya un año, no es la novedad de la desgracia lo que te tiene así.

— No conocí á mi padre, y estoy completamente sola en la tierra, puesto que tampoco he conocido jamás pariente alguno de los dos.

— En ese caso estamos á miles por esos mundos — respondió Lola, casi más á sus propios pensamientos que á las palabras de su compañera.

— No estamos en el mismo, porque no todas tienen la dicha de haber tenido una madre como la mía. Ella fué, mientras vivió, toda mi vida. ¡Jamás tuvo hija alguna, madre más cariñosa ni más verdadera amiga al mismo tiempo! Unidas ambas en gustos, en pensamientos, en goces y en trabajos, nuestra casita humilde y pobre llegó á ser un paraíso de Dios. ¡Aun los días en que teníamos apenas para comer, con mirarla sonreír se acababan todas mis penas! Una enfermedad corta, pero cruel, acabó con aquella vida enérgica, con aquella voluntad poderosa y con aquella hermandad de cariño y trabajo. Mi alma se quedó

tan sola como mi cuerpo, y sólo por no manchar su sagrado recuerdo con el olvido de sus santas lecciones de virtud y religiosidad, no atenté á mi desdicha-



Un año hace que perdí á mi madre...

da vida. Para conservar el humilde cuartito donde habíamos vivido siempre, lleno para mí de recuerdos eternos, más aún que para atender á mi inútil existencia, entré de oficiala en un taller de modista. Desde

aquél, donde no estaba á gusto, ni por las compañeras ni por la maestra, pasé al en que hoy trabajamos juntas; y con tan poco vivo, y tanto aprendí de mi madre á ser económica y sobria, que con mi pobre jornal he tenido para vivir y para no empeñarme. Nada tenía, pero nada debía hasta hace un mes, en que caí enferma.

— ¡Ya adivino el fin de la historia!

— Es tan trivial y común, que no tiene nada de particular tu penetración. Estuve un mes en cama y tuve que pagar al levantarme las medicinas que habían pagado por mí algunas vecinas. Y como el mes sin jornal había concluído con mis mezquinísimos ahorros, y como debo dos meses al casero y no sé cuándo podré pagárselos, hoy me ha echado de la casa, diciéndome que hasta que le pague se queda en prenda con mis muebles. Eran para mí, más que muebles necesarios, recuerdos santos de mi madre adorada, y aquí me tienes sola, sin casa y sin recursos. Debo á la maestra dinero adelantado; tengo sin concluir el trabajo que pedí antes de caer enferma para hacerle de noche, y no me atrevo á pedir más. ¿Qué es lo que voy á hacer para salir de esta situación vulgar, pero terrible, y para evitar que ese hombre al reclamar lo que le debo no venda la cama en que murió mi madre?

Aquí la pobre joven detuvo su marcha, y no pudo contener con sus manos el torrente de lágrimas que se escapó de sus ojos.

— Lo más sencillo del mundo — dijo Lola cogiendo del brazo á su amiga, y llevándola por la calle de Atocha abajo, casi á remolque, para ocultarla á las miradas de algunos curiosos que se habían parado al verlas. — Te vienes á mi casa, y para eso te traigo. Allí hay un cuartito muy pequeño, pero muy claro. Cama, bastidores y sillas no han de faltarte. De día vamos juntas al taller; en un comercio de lujo donde no me quieren mal nos darán trabajo de bordado fino, y por las noches, trabajando las dos hasta que nos rinda el sueño, poco hemos de poder ó vamos llenando la hucha. Se suprime el desayuno por innecesario y la cena por malsana, y en juntando lo bastante para pagar á ese Nerón que Dios confunda, te vas á tu casa, vives con cuenta nueva, y se ha arreglado todo en paz y jugando.

— Gracias, Lola, gracias... pero no sé...

— ¿Qué otra cosa se te ocurre?

— Es que yo...

— ¡Vamos, no hagas dengues: si hay algo más, dílo!

— Toda mi vida está encerrada en lo poquísimo que de ella te he contado. Criarme, educarme y vivir con mi madre, las dos solas, trabajando siempre. No recibir jamás visita de hombre alguno; no aceptar ofrecimientos de bailes, diversiones ni teatros. En una palabra, vivir aisladas, trabajadoras y contentas una de otra, sin más satisfacción que el cumplimiento de nuestro deber ni más distracciones que nuestro cariño.

— En una palabra, santa de altar, *rara avis* que dice mi estudiante de Medicina muy á menudo, y que quiere decir *bicho raro*, según él asegura. Lo admiro sin comprenderlo; pero ¿por qué me lo cuentas? — dijo Lola riendo.

— Por hacerte una pregunta. Tu corazón, ya lo sé, no tiene precio.

— No te fíes; dice el ciego de los cantares por las calles:

Las Dolores son muy falsas.

— No, tu corazón es hermoso, hermosísimo; pero ¿y tu cabeza?

— Flojilla, chica, flojilla; no te lo niego. Pero eso, que según creo es sólo cuenta mía, ¿qué tiene que ver en el asunto?

— Tiene que ver mucho, para mí sola, se entiende, y te ruego que no lo tomes á censura. El plan que me has propuesto, y que prueba de tu parte un sacrificio hermoso y una amistad verdadera, no puedo aceptarle.

— ¡Hombre! ¿Ahora salimos con eso? ¿Y puede saberse por qué? — añadió algo seria Lola, parándose de pronto.

— Vas á saberlo. Mi madre al morir, aterrada ante la idea de mayores desgracias para mí, me hizo jurar, juntando mi cabeza con la suya en la misma almohada, que viviría siempre sola, hasta que encontrara un

hombre que al verme desamparada, por mi honrada vida más que por mis prendas personales, me diera su nombre. Si las amistades, en jóvenes de una misma edad sobre todo, son, más que la necesidad, las que brindan ocasiones y ejemplos para el mal, yo debo huir de ellas en la vida común y no mezclar mi existencia por completo con las que no profesan mis ideas. Yo no critico ni censuro tu vida; yo respeto las opiniones y los gustos de todos, pero quiero tener libertad para vivir al mío. Sé que eres buena en el fondo, pero que quizá no lo parezcas. Que eres virtuosa, pero que no te importa mucho la opinión de los demás, y que...

—¡Acaba! — interrumpió Lola sonriendo. ¿Qué... que le doy gusto al corazón? ¿No es eso? ¿Que me gusta querer y que me quieran? Estás perfectamente enterada, y voy á jugar contigo á cartas vistas. ¡Qué quieres! Cada uno tiene sus opiniones, y las mías son que me revientan las ñoñas. Si lo tomas por ti, lo sentiré mucho; pero la verdad ante todo. Yo creo, sin echármelas de filósofa, sino porque así me sale de adentro, que puede ser una muchacha muy honrada sin rezar siempre el rosario y sin romperse á puñetazos el pecho por pecados que no ha cometido. Creo que á los veinte años y teniendo que ganarse el pan de cada día, es mucho pedir á una mujer al mismo tiempo la virtud de una virgen y el recogimiento de una monja. Que hasta para casarse, según tus planes y el deseo de tu madre, que son después de todo los

de todas las mujeres del mundo, el medio mejor y más seguro hasta ahora es el de tener novio, y ver hombres, y que éstos la vean á una y la hablen y la deseen; y si vamos á cuentas, te diré para concluir, así *á lo locales*, que según mi modo de pensar, encerrada en un convento es cosa facilísima para una mujer el ser virtuosa, puesto que tiene que serlo por fuerza, aunque se canse de serlo. Lo gordo y lo que tiene mérito es triunfar de la lucha, si ésta se presenta en la vida; y que en último caso, y esto prueba temple de alma, la que quiere ser buena *de veras*, lo es en la calle, en el teatro, en su casa y en medio del mundo entero. De modo que si tienes tanto miedo, déjate de planes fantásticos y de soledades absolutas, peligrosas é imposibles. Arranca de una vez: hazte hermana de la caridad, y no sigas siendo modista, porque de éstas no conozco ninguna todavía en los altares.

— Tienes razón en todo, Lola; pero ¡qué quieres! Yo hice á mi madre ese juramento y no he de faltar á él por nada de este mundo. Perdóname y cree que no quiero ofenderte al no aceptar tu ofrecimiento de compartir tu cuarto y tu cama.

— Yo no me ofendo por tan poco; lo que siento es, que no siendo de ese modo, no comprendo en qué forma y de qué manera puedo servirte.

— Puedes servirme en mucho, y eso es lo que te pido. Habla por mí á tu patrona: consigue de ella que me dé un cuartito cualquiera donde albergarme, sin

exigirme pago ninguno adelantado. Yo trabajaré sin cesar para pagarle lo que le deba, y cuando regrese á mi pobre casa me consideraré la mujer más feliz de la tierra.

— De modo, Matilde, que lo que no aceptas es mi compañía. ¡Sea todo por Dios, y allá te las hayas con tus escrúpulos! Si te figuras que por mi carácter alegre y expansivo hago de mi habitación salón de tertulia y cátedra de malas costumbres, mal me juzgas. Sé respetar siempre la casa donde vivo y sé respetarme á mí misma. No quita lo cortés á lo valiente, y si en mi alcoba no se reza el rosario á todas horas ni se hacen novenas á Santa Tecla, tampoco se frien buñuelos ni se bebe aguardiente ni se dan citas. Pero en fin, dejemos tal cuestión y no hablemos de ello. Lo que sí me permito decirte es: que me pareces tan poco práctica en moral humana como en matemáticas. Con mi plan te ahorrabas lo poco que la patrona te lleve por la habitación, por poco que te lleve, y algo de la comida, si algo de ella suprimíamos. El trabajo asiduo de dos personas para un fin común, más da de sí que el de una sola, y todos estos ahorros por un lado y esos dobles ingresos por otro, más pronto te sacarían del apuro en que te encuentras. ¿No te agrada, no te convence? Tanto mejor para ti si me equivoco. Precisemos, pues, la cosa. Yo hablaré con la feroz *Aragonesa*; saldré fiadora por ti de lo presente y de lo futuro, y tú te arreglarás después como se te antoje. Pero desde ahora te prevengo que la casa en que

vivo tiene más huéspedes; que no hay en ella frailes cartujos ni madres Ursulinas; que no se hace en ella nada malo ni indecoroso ni inmoral; pero que se vive, se canta y se ríe á gusto de cada uno muchas veces, á gusto de todos siempre. Dice mi novio que ya que tanto les quita Dios á los pobres, es muy justo que les deje la risa; y siguiendo esa opinión, allí todos procuramos estar lo más alegres que podemos. Sábelo, pues, para que luego no te llames á engaño; y aprieta el paso, que ya nos falta poco para llegar á la puerta del palacio de *la Aragonesa*.

— No me creas tan ridícula — contestó Matilde — que huya de las gentes que no estén siempre gimiendo ó rezando, ni tan mala que juzgue delito y pecado la alegría natural y expresiva de la juventud. Es que la mía ha sido tan triste y tan austera por necesidad y por desgracia, que ha formado en mí el gusto por el aislamiento y la soledad. Ni os critico ni os envidio. Soy de carácter triste; mi timidez raya en idiotismo delante de gentes, y en la soledad hallo más goces y soy más libre que entre el bullicio y la animación. Vivid todos como queráis, y como es natural y justo que viva todo el mundo, sobre todo en la juventud, y dejadme á mí vivir á mi manera, en lo que no hago daño á nadie.

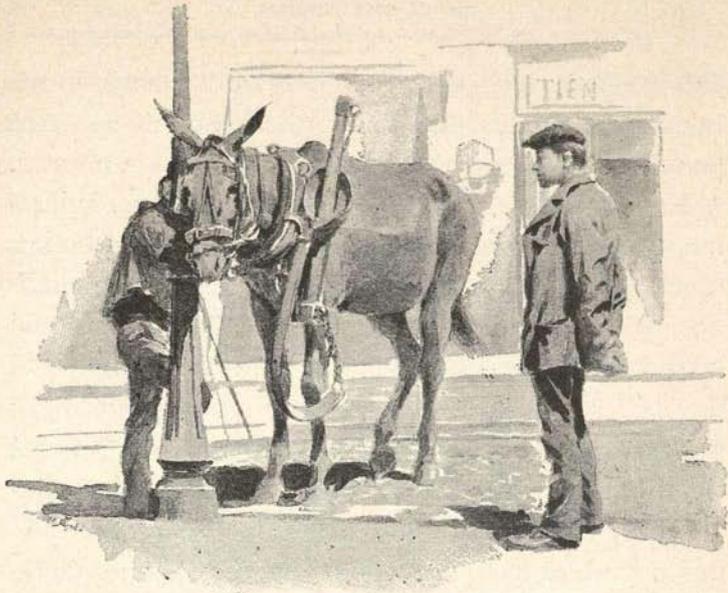
— A ti misma te le haces, que no á los otros — respondió Lola, ya un poco menos picada por la negativa de su compañera á compartir su suerte. — Por ti, que no por mí ni por los otros huéspedes de *la Aragonesa*,

siento tu carácter y tus planes de vida. ¿Crees por ventura, y esta será la última vez que te hable de tales materias mientras tú no seas la primera en sacarlas á relucir, que es posible encontrar con semejante plan de vida hombre que en ti se fije y marido que te arranque del taller y de la miseria? Sin la casualidad de haber yo simpatizado contigo desde que te conocí hace seis meses y no hacer caso de tu melancolía y tu reserva, ¿no te encontrarías hoy tan aislada como te has encontrado el mes que has estado enferma? ¿Es tan agradable poner la vida á prueba de los sentimientos caritativos de vecinas y porteros, como te ha sucedido en tu enfermedad? Y sobre todo, chiquilla, ¿no nos ha dado Dios el corazón más que para tenerle encerrado y mudo en el pecho, como encierra un avaro su tesoro en el cuarto obscuro? ¿No es nada en el mundo el encanto de la amistad? ¿No vale nada en la tierra la lumbre del cariño? Rezar, coser y llorar deben ser cosas muy santas, muy buenas y muy divertidas si tú quieres; pero sentir y querer y amar, ¿no valen nada? Si á la pobreza le quitas la esperanza, á la juventud la alegría y al pecho el amor, ¡tanto valdría haber dejado al cuerpo sin el alma! Todo esto me parece á mí y les parecerá á todas las gentes que conozco; pero puede que esté equivocada. Si lo estoy, Dios me conserve en esta equivocación mientras me dure la vida; y perdona el sermón y basta de filosofía, y... ya hemos llegado.

Así era en efecto. En el portal de una humilde casa

de las últimas de la calle de Atocha, frente al hospital, había parado un hombre: del balcón del piso principal, á modo de banderín colgaba un tarjetón que en caracteres desiguales amenazaba á los transeuntes con las siguientes palabras:





Roque se pasaba las horas...

## CAPÍTULO SEGUNDO

Á SEIS REALES CON PRINCIPIO

Si nuestros lectores tienen la dicha (que dicha es solazar el espíritu leyendo las obras de nuestros primeros novelistas contemporáneos) de conocer *La Cristiana*, de Emilia Pardo Bazán, se saben ya de memoria cuanto vamos á decir de la célebre casa de huéspedes de *la Aragonesa*.

La autora ilustre de esta obra excelente, en la que no se sabe qué admirar más, si la brillantez y riqueza del estilo, si la magistral pintura y desarrollo de los caracteres ó la energía viril del pensamiento, describe

dos casas de huéspedes madrileñas de un modo tan minucioso, tan acabado, tan perfecto, que no sabemos por dónde empezar para bosquejar siquiera la nuestra.

Esta pobre clase media, que forma hoy verdaderamente la masa general del país, perdiéndose en sus escalones primeros entre los jornaleros y los mendigos, y confundiéndose en sus peldaños últimos con los potentados y los poderosos; esta masa compacta de pobres de levita y de ilustraciones con andrajos; esta juventud que sale de la nada y aspira á llegar á todo; esta vejez estéril que ha consumido toda su juventud y agotado su energía entre la esperanza y la miseria; todos los que han caído, todos los que aún no se han levantado; cuantos viven al día con la miserable pensión, con el insuficiente retiro ó con el mezquino jornal, son los que ocupan las buhardillas pretenciosas y los sotabancos interiores cuando tienen familia, y son los que, viudos ó solteros, llenan las casas de huéspedes de *á seis reales con principio*, frase que encierra la mayor parte de las veces dos mentiras de á folio.

Los *seis reales* son la primera mentira, puesto que casi nunca se pagan; ó cuando más, se pagan el primer mes y se quedan á deber los quince días siguientes. La segunda mentira es el *principio*, como no sea que con más exactitud filológica que usual, llamemos principio á la *sopa*, verdadero *principio* de toda comida que merezca tal nombre. Un plato de patatas guisadas con guindilla y tomates podridos en el verano;

una cazuela de sangre de cerdo, ó de carnero más generalmente, con cebolla y piñones apolillados en invierno; arroz con raspas de abadejo en la primavera, y raspas de abadejo con lentejas en el otoño; estos y otros guisotes por el estilo son los que constituyen el *principio* de los seis reales y el fin del estómago humano. Y es forzoso ser justos: si esos seis reales no se pagan, aún nos parecen un increíble despilfarro tales principios.

Convengamos en que para regentar, administrar ó dirigir esas casas, se necesitan seres especiales, caracteres dúctiles, inteligencias perspicuas; mezcla de Nerón y Augusto, del médico y del matemático, del capitalista y del jugador de manos. Cobrar de donde no hay; dar de comer sin comida; hacer vivir á ocho, diez ó doce personas, sin dinero propio unas veces, ajeno otras y ni propio ni ajeno casi siempre; convertir seis cuartuchos y dos pasillos oscuros y estrechos en hospital, falansterio, hotel y casa habitable sobre todo; conseguir que sin ropa, sin comida, sin lumbre, sin techo casi y sin luz, todo el mundo viva, coma, vea, se acueste y se levante, exista en fin como el resto de los humanos, al parecer al menos, es uno de los milagros más admirables de la vida y la civilización modernas.

Ante semejantes asombros, Proudhón y Bastiat son dos ilusos; San Vicente Ferrer y San Antonio, dos pobres taumaturgos; Macallister y Mr. Hume, dos prestidigitadores de pega.

Y lo más extraño, lo más asombroso, es que tales milagros no los hace nunca un hombre. El ser masculino, generalmente duro, figura matemática formada de líneas rectas, anguloso, áspero, no es dúctil, no es blando; carece de suavidad, de curvas, de *ten con ten*, digámoslo así, para persuadir, suplicar, prometer, sonreír, llorar y conseguir al cabo lo que se propone ó necesita. Si el hombre pudiera realizar esa suma de trabajo para lograr un objeto, quedaría completamente rendido para mucho tiempo después de la lucha; la mujer, por el contrario, descansa en el triunfo, sonríe en el éxito y está en el acto más dispuesta que antes para nueva lucha y más encarnizado combate.

Así es la casa de nuestra *Aragonesa*; y por eso su marido Atanasio, bellissimo sujeto á quien vamos á conocer pronto, no sólo no ejerce autoridad en el domicilio conyugal, sino que es sólo un huésped más en la casa de huéspedes de su mujer, el primer huésped que no paga, la primera cantidad negativa del presupuesto de ingresos. Sus cargos son dos, sin embargo, que van anejos al título de marido. El primero, ser figura decorativa en la moral pública y privada del domicilio; servir ante los huéspedes de ejemplo de legalidad y buenas costumbres, y prohibir por lo tanto con su sola presencia y sin necesidad de bandos ni carteles toda transgresión de *juego limpio* entre huéspedes de distinto sexo, y toda visita clandestina á puerta cerrada, pestillo corrido y completa nocturnidad.

El segundo cargo, si no tan solemne y tan digno, tan indispensable y tan perpetuo como el primero, es servir de *cabeza de turco*, ó de piedra de toque, ó de máquina de desahogos conyugales administrativos de su legítima y terrorífica consorte Julia *la Aragonesa*. En él caen, como el agua del canalón sobre el adoquín y en forma de chorro continuo, las penas, las contrariedades, los apuros, las riñas, las quejas, y las lágrimas de su esposa.

La culpa de todo cuanto ocurre de desagradable es siempre del marido, por ajeno que sea á lo que sucede. El mal tiempo, la carestía de los víveres, la enfermedad de un huésped, la fuga de otro, la peseta falsa, la abundancia de los ratones, cualquier contra-tiempo por inesperado ó fortuito que sea, todo cae sobre las espaldas de Atanasio como la cuchilla sobre el tajo, como el tapón sobre la botella, necesaria, fatal, precisamente. Y esto sin compensación, sin equilibrio, sin represalias. Lo bueno, lo agradable, lo ventajoso, ya no le pertenece, ya no le atañe ni para saberlo siquiera; esas son cosas que sólo corresponden á la mujer, á la dominadora, al *Deus ex machina* de la empresa y de la sociedad conyugal. En vez de ser aquella para él una sociedad de socorros mutuos, es una compañía de perjuicios recíprocos. Por fortuna, debemos seguir la comparación; y así como hemos dicho que las penas caen sobre Atanasio como el agua del canalón sobre el adoquín, así debemos decir que él las recibe con la misma indiferencia que el adoquín

recibe la lluvia: baja la cabeza, alza los hombros y exclama: «¡Allí me las den todas!»

Sólo nos falta enterar al lector de una circunstancia, para que conozca tan bien como nosotros á la pareja que le hemos presentado. Julia *la Aragonesa* es natural de Ciempozuelos, jamás ha visitado el reino de Aragón, ni sabe dónde se encuentra. Vino á Madrid de su pueblo á servir de criada; aprendió mal que bien el oficio de cocinera; se enamoró de Atanasio, holgazán ayuda de cámara del señorito; hubo fruto de bendición, y la señorita, muy mirada en tales asuntos, los casó un lunes y los plantó en la calle un martes. El consorcio no produjo ni más hijos ni más salario; y muerto por fortuna el heredero en la lactancia, se dedicaron los padres, ó mejor dicho, Julia y su marido, á patronos; en esta vida y con esta profesión los encontramos en la calle de Atocha, frente al Hospital Provincial, al comenzar nuestro relato, después de muchos años de práctica en dar gato por liebre, y casi decididos ya, *por lo caro que está todo*, á dar ratas por gato, que es todo lo que hay que dar en materia culinaria y en punto á casas de á *seis reales con principio*.

Aquella casa, ¡cosa rara en Madrid!, aunque ya vieja y desahuciada, no tenía más que dos pisos. El bajo exterior constaba de dos tiendas, y el portal, largo, estrecho y sucio, daba paso, sin cancela de cristales, puerta de madera ni ninguno de esos estorbos civilizados é higiénicos, á un patio largo y empedrado,

siempre húmedo, lo mismo en invierno que en verano, lleno de papeles rotos, cáscaras, verduras y marañas de pelos, como vertedero ó muladar común de maritornes y chiquillos. La tienda de la izquierda, de un solo hueco, era poco más que cantina y bastante menos que taberna. En un escaparatillo hecho de madera de cajones y pintado al temple ostentaban sus desagradables condimentos: unas cuantas tajadas de bacalao, unas tortillitas de patatas azafranadas y una cazuela de judías blancas en ensalada. Tales manjares solían durar más de una semana expuestos á la expectación pública, y concluían por no ser más que un inmenso panal de moscas. La tienda de la derecha, de dos huecos, era un billar, y casi siempre tenía cerrada la puertecilla de cristales que comunicaba con la calle. Entrábase en él casi siempre por el portal, y los continuos contertulios de aquel salón de recreo eran estudiantes del primer año de Medicina, chicuelos de trece ó catorce años que jugaban á la cuarenta y una el empeño de sus libros de texto, y algunos carabineros del Resguardo ó mozos de la estación del Mediodía. En el salón de billar no había café ni nada que se le pareciera. Unos bancos de madera sin pintar constituían el único mobiliario, y cuando los jugadores necesitaban cerveza ó vino para refrescarse, el único mozo que para todo servicio había en dicho salón iba por ello á la taberna inmediata, mientras los jugadores levantaban los palos ó se apuntaban sus tantos del juego.

Dentro del patio tres cuartuchos á cada lado abrían siempre sus puertas ahumadas, único medio de proporcionar luz á tales viviendas, y por una escalera casi de mano por lo fementido de los escalones, se subía á una galería ó corredor descubierto, donde se repetía con simétrico desconsuelo el reparto de cuartuchos de la planta baja. Las sogas de espáрто que á manera de red se extendían de corredor á corredor, siempre estaban llenas de pañales y mantillas, pellejos, mantas y sábanas y otra multitud de prendas y ropas, sin que de pronto ni á primera vista se pudiera distinguir ni su color ni su forma.

Por la escalera principal, colocada á su entrada del portal á la izquierda, arrancando sobre el techo de la taberna, se subía al piso principal exterior, verdadero palacio de aquella ciudad y única prueba de que aquel amasijo de ladrillo y yeso no era un aduar, sino un edificio urbano de la capital de España.

La puerta de la escalera tapaba al abrirse la de la cocina, quizá la pieza más alegre de la casa por tener balcones á la calle, y allí mismo comenzaba un corredor, según *la Aragonesa*, y un pasillo obscuro, según todo el mundo, donde á ambos lados figuraban unas puertecillas bajas pintadas al temple al reedificarse la casa en 1829 y que al empezar nuestra relación parecían pintadas con manchas. En cada cuarto había una cama de hierro y un palanganero de lo mismo, un ruedo, una silla y una mesa, si pertenecían al lado izquierdo, esto es, á la parte aristocrática de la zahur-

da, y un catre de tijera, una silla y una mesa mucho más pequeña, si correspondían á la derecha. Aquéllos tenían cada uno un balcón á la calle; éstos una ventana al patio. Al fin del pasillo, sin puerta para separarla del resto de la casa, una habitación más grande que todas, única que había estado empapelada, servía de comedor general, sala de confianza, salón de recepción, gabinete de consultas, oficina y cuarto de costura. Allí se comía, se discutía, se planchaba, se recibían las visitas, se limpiaban las botas, se tocaba la guitarra y se ajustaban las cuentas. Era, digámoslo así, la capilla de aquel monasterio, el paraninfo de aquella universidad, el cuarto de banderas de aquel cuartel.

Dos puertas vidrieras, siempre cerradas, ocultaban á las miradas de propios y extraños la alcoba conyugal de los patrones, grande y blanqueada, y otro cuartucho oscuro, donde por su pequeñez no cabía cama ni catre, sino un jergón en el suelo, era la habitación de Roque, personaje de gran importancia en nuestra historia y que van á conocer ahora mismo nuestros lectores.

Alto, desgarbado y feo, ¡lo que es feo, lo era!; de tez morena, casi cobriza, de movimientos reposados, facciones abultadas, manos y pies grandes y un no sé qué en su figura de desmadejamiento, flojedad ó pereza, el buen Roque era un pobre mozo de veintiséis años, simpático por todo extremo, y agradable, dulce, casi niño en su trato y sus costumbres. Mucho

contribuía á hacerse juzgar con anticipada benevolencia el mirar cariñoso de sus ojazos negros, cuya expresión tierna y melancólica no se cambiaba jamás, aunque sus palabras fuesen de enojo y sus movimientos de ira.

Su padre había sido en sus buenos tiempos un músico adocenado, que ganaba, mal que bien, nueve reales diarios como tercer violín segundo en la orquesta del Teatro del Circo, y á quien los muchos años y una afección crónica en la vista obligaron á descender en sus últimos tiempos á músico de la murga. La madre de Roque había muerto muchos años antes y el pobre músico y su hijo malcomían y malvivían del producto de su trabajo. El padre tocaba á más y peor por calles y escaleras con motivo de bodas, bautizos, nombramientos y loterías, y el chico aprendía y copiaba música, no como quien ve en el trabajo un porvenir, sino como quien sobrelleva y arrastra una pesada carga. De la miseria establecida á la mendicidad ambulante no hay más que un paso, y de seguro le hubieran ambos franqueado si la muerte del pobre viejo no hubiera dejado al chico en libertad de no hacer nada y con el único recurso de buscar en la servidumbre lo que no sabía ganar en la independencia.

Pero aun para servir se necesita carácter, y el verdadero carácter de Roque era no servir para nada. Desde la casa de un título, donde estuvo de mozo de comedor, hasta la posada de Julia *la Aragonesa*, donde

en la actualidad servía, había recorrido como el amor de D. Juan Tenorio toda la escala social, sin que jamás hubiese dejado de servir á amos ningunos sin haber sido despedido por ellos. Jamás tuvieron que acusarle de infiel en el manejo de los pocos ó muchos intereses que le entregaron; su hombría de bien y su dócil mansedumbre no tenían precio; tampoco era torpe de comprensión ni rebelde á las órdenes y advertencias; pero holgazán, dormilón y descuidado en sus quehaceres, ni hacía nada á punto ni se podía contar con él para encargos, recados ni obligaciones. Había que despertarle como á los amos, quitarle las sillas de las habitaciones interiores para que no se sentara en todas ellas á todas horas, ponerle la gorra en la cabeza y la cesta en el brazo y darle un empellón por la escalera para que fuese á la compra, y si en mal hora se le obligaba á salir durante el día ó la noche para cualquier encargo, ya podía uno estar seguro de que antes de tres ó cuatro horas no volvería jamás á casa.

¡Diantre de Roque! Con qué fruición leía *El Imparcial* de cabo á rabo, y *La Correspondencia* y cuantos periódicos le venían á la mano! ¡Con qué tranquila calma se paraba ante un escaparate, fuesen los que fuesen los géneros que encerrara, y allí se pasaba tres cuartos de hora mirando uno por uno todos los objetos, fueran zapatos y botas, ó juguetes para niños, ó encajes, cintas y sombreros de señora! ¿Pues y los encuarteres de los tranvías y los puestos de flores de

las iglesias? ¡Nada! Roque había nacido para ver minuciosamente todo lo que no le importaba, y verlo con delicia, con detenimiento, con placer. No es esto decir que careciese de aspiraciones y que no soñara con un porvenir de bienestar y aun de riqueza; pero sus deseos y sus ambiciones no pasaban jamás de ideas vagas y de sueños fantásticos. Pensaba él lo feliz que sería si le ajustaran de tenor en cualquier teatro de zarzuela, el dinero y los aplausos que podía alcanzar con tal profesión, y trataba de convencerse á sí mismo y á los demás de que le sobraban méritos para ello. ¡Recuerdos de sus años juveniles enlazados casi con la infancia! Su pobre padre le había llevado siempre consigo al Teatro del Circo, y allí en la orquesta había aprendido todo el antiguo repertorio de la zarzuela, en los mejores tiempos de este espectáculo. Roque tenía buena memoria y no mala voz, y es muy posible que dedicado con tiempo y perseverancia á la música, hubiera llegado á ser un aceptable segundo tenor ó un buen corista, siempre que no le hubieran hecho asistir con puntualidad á ensayos ni funciones, ni estudiar papeles, ni vestirse de prisa; pero como nada de esto se había intentado siquiera, restábale sólo de su época artística el tenaz canturreo de sus recuerdos musicales. A todas horas, en toda ocasión y por cualquier motivo encontraba oportunidad para aplicar su poquito de música zarzuelera, y por eso su voz descollaba á todas horas entre las de los huéspedes con entonaciones, ya cómicas, ya dramáticas,



Julia «la Aragonesa»



según era la situación en que la lanzaba al viento.

El día en que comienza nuestro relato, Roque estaba apoyado en el quicio de la puerta de la calle, ocupación á que solía entregarse con frecuencia, examinando con mucho interés las dificultades con que una rehata de ocho mulas arrastraba por la empinada cuesta de la calle de Atocha un carro cargado de pellejos de vino.

Oyéronse por la escalera principal de la casa unas pisadas masculinas y una voz que murmuraba: «¡Pero ese maldito está en la calle todavía!» y apareció á poco en el portal la persona de D. Atanasio, dueño y patrón de la casa de huéspedes, ó mejor dicho, rey consorte de Julia *la Aragonesa*.

— ¡Roque! ¡Roque! Maldito de cocer, ¿te has propuesto vivir en este portal hasta la consumación de los siglos?— Eso decía D. Atanasio, hasta que concluyendo sus preguntas en un casi puñetazo dado en el hombro de Roque, hizo á éste volver de repente la cabeza.

— ¿Qué se ofrece?

— ¿Qué haces ahí, condenado?

— Descansando un rato — dijo bostezando el activo Roque.

— ¡Pues es bonita hora de descansar!

— ¡Hora! ¿Qué más da una que otra? ¡Todas las horas son iguales!

— Sí. ¡Lo que es para ti — dijo el patrón amostazado — todas son idénticas! ¡Criado más holgazán, más poca

vergüenza y más imbécil que tú, jamás le he tenido ni puede existir en el globo terráqueo!

— Y el que quiera honra que la gane, y ¡viva la justicia humana! — dijo Roque apartándose del quicio derecho de la puerta, donde descansaba hacía tiempo, y dejándose caer en el izquierdo, como cansado del esfuerzo que le había costado el movimiento de traslación de su pesada máquina.

— ¡Como son tantos tus méritos y servicios, puedes quejarte todavía!

— ¡Ya lo creo que puedo quejarme, y si no me quejo no será por falta de razón, sino porque soy tolerante y comedido! De méritos no hablemos, porque cada cual tiene los suyos, y no es uno buen juez de sí propio; pero en punto á servicios, la lista es interminable y hago á cualquiera sentenciador de este pleito. Yo soy pinche, camarero, criado, ayuda de cámara, mayordomo y hasta mozo de cordel de don Atanasio Izquierdo y doña Julia *la Aragonesa*, su esposa, los patrones más notables de Madrid por su mal trato, mal carácter y peor comida.

— ¡Hombre, me parece bien! ¡Muchas gracias!

— No hay de qué, mi amo. Y ahora va la descripción de mis servicios, para ver si miento. Mientras el ama llena en la plazuela su cesto de esa porción de hojas verdes y piltrafas que ella guisa no sé cómo, y que no sé cómo comemos nosotros, yo tengo que bajar todos los días á la estación como *gancho* para ver si engaño á algún estudiante ó paleta ó concejal y me

lo traigo á casa en calidad de huésped. Vuelvo á casa, ayudo al ama, no á mondar las verduras, porque aquí se echan siempre en los guisos con cáscaras, tronchos y todo, para hacer bulto, sino á lavarlas; hago las camas, sin levantarlas antes naturalmente; limpio el polvo, pongo la mesa, sirvo el almuerzo ó los almuerzos si son diversos, levanto la mesa, friego veinte veces los siete platos que han servido para todo y para todos, hago como que almuerzo y salgo en seguida á hacer recados para digerirle, porque hay cosas que no pueden digerirse sin pasearlas...

— O sin billar — le interrumpió rápidamente don Atanasio.

— Recojo la indirecta — dijo Roque. — El billar, como que está en casa y abundan en él los estudiantillos de enfrente, no deja de ser una distracción necesaria á mis cansados miembros; si me convidan, juego alguna partidilla que otra; si no, los veo jugar, y lo ahorro de mis paseos. Concluyen mis recados ó comisiones, y á casa otra vez á arreglar las luces; esto es, á mezclar el petróleo con agua para aumentar el líquido y hacer la luz más opaca. Después á la calle á tomar un poco el fresco, luego á tender la ropa lavada con el ama, luego á las faenas de la comida... á fregar y á compartir con el perro y el gato mi jergón de muelles en el cuarto obscuro... ¡Si la vida le parece á V. descansada, venga Dios y véalo!

— Se te olvidan tus dos ocupaciones perpetuas; las que son para ti la única obligación de tu existencia.

—¿Cuales?— preguntó Roque con curiosidad, pues no se le había ocurrido que él tuviera obligación de ningún género.

—El canturreo de tus zarzuelas malditas, que aplicas, venga ó no venga á pelo, á todos los sucesos y circunstancias; y el oso que haces continuamente con gestos, palabras y canciones á Lola la costurera, nuestra huéspedada del número 5, que así hace caso de ti como de meterse monja.

—¡Lola! ¡Ya lo creo! Lola, la chica más lucida de Madrid, la oficiala de modista más salada de los dos mundos. ¡Oh! ¡Quién pudiera cantar con ella eternamente el dúo del *Molinero de Subiza!*

Rosa de Abril,  
Cándida flor...

Y lanzó Roque al aire el suspiro de sus pulmones, envuelto en las notas apasionadas del maestro Oudrid, autor de la precitada zarzuela.

En aquel momento, y como respondiendo á las notas lanzadas por Roque, se oyó en el descansillo del piso principal una voz que parecía femenina por el timbre, pero más que masculina por la energía y la entonación.

—¡Atanasio, Roque! ¡Pues me gusta la frescura, hombre, con que se están ustedes en el portal como si no hubiese que hacer otra cosa! ¡Arriba pronto! ¡Que no tenga que decirlo dos veces!

— En seguida subimos, mujer. Es Roque que me estaba contando, ó mejor dicho, cantando una cosa muy bonita.

— ¡Ya le daré yo músicas! Se necesita poca vergüenza... Estos hombres son capaces de desesperar á una santa... — así murmuró la voz, y fué apagándose poco á poco en el interior de la casa.

D. Atanasio cogió del brazo á Roque, lo apartó mal de su grado del quicio de la puerta, y diciéndole: «¡Vamos arriba; que si no, vamos á tener función!,» se dirigió con él á la escalera.

— El mejor día nos pega la patrona, ya lo verá usted. A mí ya me ha amenazado varias veces con escoba, plumero, cazo y espumadera. A usted no digo nada. ¡Es gran mujer! ¡gran mujer!

— ¡Qué quieres! Eso va en gustos. A mí siempre me han gustado las hembras de pelo en pecho y de armas tomar, de arranques hombrunos — dijo D. Atanasio sonriendo de satisfacción, sin duda por sus recuerdos conyugales.

— Todo lo contrario que á mí, patrón. Para hombre me basto yo solo; y para mujeres, cuanto menos se parezcan al hombre, mejor. Así es mi Lola; mujer hasta la punta de los pies, chiquita, redondita, amable, cariñosa; con voz de tiple, con risita de ángel, con manos de niña y con ojos de cielo.

— Todo eso es cierto, y te alabo el gusto, aunque Lola no sea mi tipo; pero vamos á cuentas — dijo don Atanasio, deteniéndose con Roque en el primer pel-

daño de la escalera. — Si ella no te quiere, ¿para qué pierdes el tiempo, y lo que es peor, el seso, en enamorarla?

— ¡Y qué quiere usted, patrón! Ese es el mundo: ya sé que ella se desvive por Miguel, el estudiante del último año de Medicina, el decano de nuestra casa, el ojo derecho de la patrona, el amo del cotarro como quien dice; sé que están en relaciones amorosas hace tiempo, que salen y entran juntos; pero... mi corazón no entiende de desaires... y mi cabeza es tan terca, que sin poder remediarlo, y contra todas mis reflexiones, se me van tras Lola todos mis pensamientos, palabras y obras. ¡Oh, Lola, Lola!...

Quién fuera gato...  
Y entrar pudiera...

Y continuó cantando á gritos el buen Roque aquel otro trozo de la misma zarzuela.

— Pero ¿qué te propones con esa tenacidad y esos gritos?

— No llame usted gritos á lo que siempre ha sido música — añadió Roque. — En eso mismo está encerrado mi plan y en ella se cifran mis esperanzas. Yo quiero dedicarme á la ópera ó á la zarzuela, mejor á la zarzuela, porque en ella no necesito saber idiomas extranjeros; con mi lengua me basta. Llegaré á ser un Gayarre lo menos, y cuando tenga una gran voz y un sueldo más grande todavía, le diré á mi Lola:

¡Niña de mi vida!, desprecia á ese aprendiz de Médico que no hace más que levantarte de cascos y no se ha de casar nunca contigo, y ten mi corazón, mi bolsillo y mi mano. Yo te adoraré de rodillas, yo te querré con vida y alma, yo te cubriré de gloria y de pesetas, y si quieres viajar y ver mundo y ser la reina del arte

Te llevaré á Puerto Rico  
En un cascarón de nuez..

Aquí entonó Roque con voz suave y meliflua el conocido tango de *El hombre es débil...* y cayó desde el descansillo sobre su cabeza una cesta vacía, unos zorros y algunos desperdicios de verduras.

—¡Toma, abejorro, sereno maldito!, á ver si te decides á subir ó bajo yo por ti. Y tú, Atanasio, tienes la culpa, que te estás como un bobo, dejando ladrar á ese mochuelo, en vez de hacerle subir á puntapiés á cumplir con la obligación: ¡si no sé cuál de los dos es más inútil!..

Silencio profundo en la escalera. Subieron ambos lo más aprisa y con menos ruido posible, y se oyó un fuerte portazo y confusas, ó mejor dicho, una sola voz con diversas entonaciones. Era Julia, que dueña de la situación y de la casa se despachaba á su gusto en interpelaciones y denuestos.

Julia *la Aragonesa* frisaba en los cuarenta años. Era de pequeña estatura, y aunque su abundancia de carnes tocaba en obesidad, parecía hecha de rabos

de lagartijas según su movilidad excesiva y su constante manoteo. No habría sido fea, á juzgar por sus correctas facciones; y sin duda uno de sus mayores encantos era un vello obscuro que sombreaba su labio superior con apariencias de bigote, que prometía mayor desarrollo conforme pasaran los años y que sin duda habría sido una gracia de los quince á veinte. Aquella apariencia hombruna, la costumbre del mando y el continuo refunfuñar por todo no habían apagado en ella los buenos sentimientos y el fondo caritativo y humanitario. Capaz era de quedarse sin el pedazo de pan que comía, por dárselo al mendigo que subiera á llamar á su puerta; pero del mismo modo y con igual facilidad defendía su céntimo de un ataque imprevisto ó de una superchería intencionada. Dura y cruel con su Atanasio, injusta y tiránica con Roque, guardaba sus dulzuras y sus amabilidades para los huéspedes jóvenes; en cuanto á los huéspedes de su sexo, cuando los había, los trataba con un aire irónico de superioridad, que tenía algo de protectorado. La virtud femenina no era negada por ella en absoluto, pero sí discutida y escrupulosamente aquilatada.

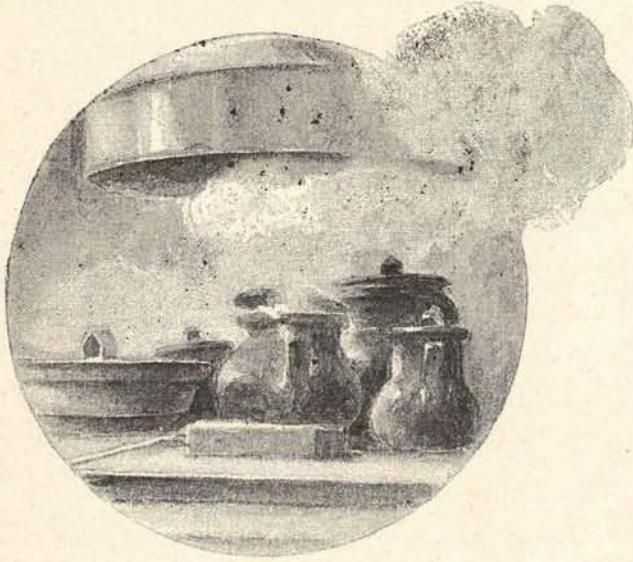
Permitía de buen grado todas las bromas más ó menos picantes y tomaba una parte activa en todas las diversiones más ó menos libres que unos y otras se permitían. No ponía cara fosca ni andaba con pujos de intolerancia exagerada en relaciones amorosas ó propósitos de seducción, si alguna vez los

había notado entre sus pensionistas; pero respecto á la parte práctica de esas bromas ó relaciones ó propósitos, era un feroz cancerbero y un enérgico defensor de la moral pública y privada. A las diez de la noche cada mochuelo á su olivo, y á su olivo *solo*, sin que jamás, jamás, hubiera permitido que hubiese en un olivo *dos mochuelos*. Capaz habría sido en aquel momento de plantar en la calle, con baúl y todo, á los transgresores de su reglamento. A comer, á reir, á bromear, hasta á enamorarse, en su casa;... ¡á pecar, á la calle!

Y abundando en esta idea y cumpliendo de buen grado este reglamento no escrito, casi inconscientemente todos los huéspedes de *la Aragonesa* eran en este terreno *personas decentes*.

El triunvirato de aquella República le componían como jefes de la explotación comercial y humanitaria Julia, Atanasio y Roque. Cada cual dentro de sus derechos y de sus deberes, fiel á sus atribuciones y tomando en serio, dado su respectivo carácter, el papel que desempeñaba en aquella metrópoli, era una columna que sostenía el edificio, un puntal de la amenazadora vivienda, un principio de organización y de método. El empleo subalterno y casi ilusorio de Atanasio, la perezosa y musical obediencia de Roque, completaban, por decirlo así, la personalidad de Julia, que era al mismo tiempo la cabeza que dirige, la voluntad que persiste y el brazo que ejecuta. Julia era todo y para todo; hubiérase bastado sin ellos para

cuanto en aquella casa se pensaba y se hacía; pero dada la existencia de aquellos otros dos seres, y puesto que á su lado vivían, imprimiéndoles ella acción y movimiento, podía considerárseles como un dedo más cada uno en las dos hábiles manos de Julia *la Aragonesa*.





## CAPÍTULO TERCERO

¡BUEN PAR DE CHICOS!

Había transcurrido el invierno con sus prolongadas fiestas de Nochebuena, el principio de la primavera con las alegres aunque más cortas del Carnaval, y comenzaba el verano al terminar las expediciones de los Isidros: tres épocas del año las más productivas para casas de huéspedes de medio pelo, por la abundancia de paletos que afluyen á ellas para gozar de los asombros que les proporciona la capital de la monarquía.

Un teniente coronel de carabineros, retirado, al que quitándole el *coronel* no había nada que pedirle para la identificación de su persona, acababa de marcharse

á Valladolid después de haber vivido cinco meses en el mejor gabinete de la casa; la viuda del administrador de Rentas estancadas de Chinchón había visto en vida la resolución de su expediente de clases pasivas, regresando á dicho pueblo la semana anterior para vivir en compañía de una parienta necesitada, y dos chicuelos hermanos que cursaban el cuarto año de la segunda enseñanza en el Instituto de San Isidro acababan de examinarse y de tomar el portanté con dirección á su pueblo.

En el *momento histórico* en que nuestra relación comienza, sólo comían el principio *de los seis reales* de Julia, la modistilla Lola, una de las primeras oficiales de la gran tienda de modas *Al siglo XIX*, con seis reales diarios de jornal y cuatro más que ella ganaba bordando de noche en invierno ó de madrugada en verano, y dos *chicos* que cursaban aquel año el último de sus carreras respectivas.

Miguel Ortiz de Lanzagorta era el primero, de veinticuatro años de edad, natural de Cuenca, hijo de viuda, de agradable presencia, alto de estatura, de facciones correctas y simpáticas y chico de buenos aunque un poco reconcentrados sentimientos. Perteneciente á una distinguida familia conquense, formaba parte, por la segunda rama directa masculina, de los agraciados en unas memorias fundadas á mediados del siglo XVIII por D. Pío Ortiz de Lanzagorta y Serantes, ministro que fué de N. S. el rey D. Fernando VI, de musical recuerdo. Según en ellas se establecía, los hijos varo-

nes de sus descendientes por línea recta hasta el número de doce, tendrían pagada su carrera académica y satisfechos los gastos de su título correspondiente; á doce doncellas se les entregarían 20.000 reales á cada una por vía de dote el día de su casamiento ó de su toma de hábito en cualquier convento de la península, y para dos individuos que eligieran la carrera eclesiástica quedaban dos capellanías de sangre, bien dotadas por cierto.

A esta raza, pues, de parásitos Lanzagortinos privilegiados pertenecía Miguel, y justo es decir que entre todos los doce jóvenes que disfrutaban de la pensión, el más acreedor á ella por su perseverancia en los estudios, por su buena conducta pública y privada y por su carácter dulce y caballeresco era nuestro Miguel. Estudiaba *para abogado*, es decir, para nada; pero su madre, persona bien relacionada en la capital de la provincia, y aun mejor en Madrid, donde había vivido muchos años con su esposo, alto empleado de Hacienda y afiliado toda la vida al partido conservador, contaba con alcanzar un empleillo de 12.000 reales para su hijo, en cuanto éste pudiera presentar su título de Licenciado en leyes. No carecía en absoluto de rentas propias, aunque modestas, y raro era el mes en que no remitía á su hijo, además del importe de su pensión alimenticia, cincuenta ó sesenta pesetas para sus gastos de indumentaria y de honesto recreo.

Y permítasenos insistir en que el chico se lo merecía. No amaba á Dios sobre todas las cosas, sino platónicamente y á la manera de casi todos los cristianos

modernos; no dejaba de jurar alguna vez que otra su santo nombre en vano; no oía misa todas las fiestas de guardar, aunque guardara perfectamente con holganza y diversiones todas las fiestas; pero quería á su madre con locura, la respetaba y honraba sobre todas las demás afecciones de la tierra; era incapaz de matar una mosca ni de desear el daño del prójimo, y más incapaz todavía de poner asechanzas al dinero ajeno, ni de levantar falsos testimonios á sabiendas, ni de mentir á ciencia cierta. En cuanto á lo de desear los bienes ajenos y á querer para sí la mujer de otro, si tales ideas habían cruzado por su imaginación, en imaginaciones se habían quedado, por comprender la gravedad de las consecuencias que tales conquistas acarrearán, ó por falta de tiempo y medios de seducción, ó por innato y repulsivo escrúpulo de acciones feas y deshonorosas. Así como los cazadores llaman *partir con el campo* á cobrar la mitad de las piezas que tiran, así podemos decir de Miguel que *partía con el campo* en sus condiciones y cualidades de católico-apostólico-romano. Y no es poco ser medio cristiano en esta época en que se tiene por gala y se hace alarde de absoluta carencia de principios morales y religiosos. El corazón de Miguel, sirviéndonos de este músculo como termómetro de su estado moral, no había aún desarrollado toda su fuerza psíquica, y entretenido agradablemente en algunas que otras escaramuzas sin importancia, parecía guardar escondido hasta ocasión propicia é inesperada el divino fuego de Prometeo. Su

calma dulce y sus latidos tranquilos y metronómicos parecían decir en voz alta á los que se extrañasen de sus veinticuatro años de reglamentada existencia el conocido *Si vis pacem para bellum*.

Posible es que al llegar á conocer en su existencia el *bellum* amoroso, no se quedara atrás de ningún otro; pero mientras esto no sucediera, la existencia de Miguel seguía el blando curso que le trazaba su idiosincrasia, más propicia á la paz, al orden y á los buenos y sanos pensamientos, que á la batalla ensordecedora de pasiones enérgicas y de luchas pecaminosas.

Por todas estas circunstancias, Miguel era el consultor ó consejero, el niño mimado y el sublime oráculo de cuantos moraban en el pandemonium aragonés.

¡Contraste sublime de la naturaleza! Encantadora diversidad de la creación, que justifica más cada día el endecasílabo conocidísimo del poeta:

*Per troppo variar natura é bella.*

Sin que digamos que Luis García era el reverso de la medalla de Miguel, pues tampoco en la naturaleza existen con prodigalidad esos absolutos y completísimos naturales opuestos de La-Bruyere, podemos decir que entre ambos existían rasgos antagónicos con líneas similares y disparidad absoluta en el fondo del carácter, en la esencia del ser, en las cualidades constitutivas del alma.

Luis García á secas, sin más apellido ni abolengo co-

nocido, era natural de Segovia, hijo de padres humildes ya difuntos, y sólo debía su subsistencia á un pobre viejo hermano de su madre, que con gran trabajo y muchísimos apuros le mandaba todos los meses en libranza del Giro mutuo estrictamente lo que importaba la casa de huéspedes, ó sean nueve duros mensuales, y al principio de cada curso el coste de los libros de texto. Luis García había de atender con trabajos extraordinarios, que se reducían á algunas copias de documentos forenses, á comprarse ropa, tabaco y poder disponer, siquiera sólo para la expectación pública, de un duro en el bolsillo. Los apuros del tío para sostener á su sobrino serían de seguro grandes; pero más grandes eran aún los de Luis para vivir en Madrid á los veintitrés años de edad con tan limitados recursos. Seguía la carrera de Medicina, como una de las que más inmediatamente pueden encontrar mezquinos pero seguros elementos de existencia en cualquier *partido*, y de su genio atrevido y resuelto esperaba conseguir pronto clientela numerosa y pingüe fortuna. De corta estatura, tez morena, ojos algo saltones, pero vivos y encandilados, movimientos enérgicos y expresivos, andar firme y sonoro, peculiar siempre de los hombres cortos de talla, y accionar exagerado é imitativo de la palabra, era Luis un chico de agradable aspecto y simpática fisonomía. Gustaba al pronto más que Miguel, y sólo al poco tiempo de tratar á ambos se conocía la superioridad de éste y la trivial insignificancia del primero. Y los dos eran buenos estudiantes, serviciales,

afectuosos, buenos amigos y por todo extremo incapaces de hacer daño á nadie. Así es que cuantos los conocían y sabían su amistad y los juzgaban en conjunto ó á dúo, exclamaban: «¡Buen par de chicos!»

Esos mismos jueces, al poco tiempo de tratarlos íntimamente, separaban con sano criterio al uno del otro, y decían: «¡Qué alhaja de Miguel! ¡Qué diablo de Luis!»

Estos eran los dos huéspedes que con Lola constituían todo el personal del falansterio en el preciso momento en que los conocemos. Lola ocupaba el gabinetito más próximo al comedor, y su puerta estaba á dos cuartas de la de escape de la alcoba de los patrones, que como hemos dicho tenía la entrada principal por las puertas vidrieras, siempre cerradas, del comedor.

En cambio, los dos cuartos primeros á la entrada del pasillo eran los ocupados por Miguel Ortiz de Lanzagorta y Luis García.

En el tabique medianero de las dos habitaciones, una puerta pequeña con cerrojillo por ambos lados las separaba ó comunicaba entre sí, á voluntad de los inquilinos, y claro es que desde que vivían en ellas Luis y Miguel la puertecita nunca se había cerrado.

Pasadas las fiestas de San Isidro ya, había que ganar el tiempo perdido: quedaban sólo quince días de curso y comenzaban los exámenes de fin de año y fin de carrera, pues Luis lo mismo que Miguel concluían aquel año sus estudios. Ninguno de los dos pensaba en doctorarse. Las necesidades de la vida prác-

tica y el deseo de sus respectivos parientes eran que, obtenidos los títulos de Licenciado, cada uno sacara de él todo el partido posible, en la carrera administrativa el uno, en la titular de un pueblo cualquiera el otro. Dentro de un mes los dos amigos se separarían quizás para no volver á encontrarse nunca en el mundo, y sus almas sólo conservarían el afecto de su antigua y fraternal amistad, como el vidrio vacío conserva el olor de la esencia que contuvo, sin quedar ni una sola gota del licor que la produjo.

¡Oh pasajeros y felices años de la juventud estudiantil! ¡Con qué fruición, con qué gozo interno se recuerdan, y cómo se evaporan en tenue y fugitivo vapor ante los ardientes rayos del sol de la prosperidad ó las densas y pesadas nubes del infortunio y la miseria!

Daríase de mano en aquellos últimos días á paseos y disquisiciones ajenas á las respectivas asignaturas. Así como así, el pícaro Derecho administrativo y mercantil de Miguel y la Medicina legal de Luis no eran todo lo fáciles que fuera de desear. Repasarían juntos, ó mejor dicho, examinaría el uno al otro como catedrático intransigente; se acostarían tarde, se levantarían temprano, y no darían al mundo más que las horas de clase, escondiéndose en su tugurio todas las restantes del día y de la noche.

Para Miguel el plan era sencillísimo. No tenía distracción femenina fija, que son las que más suelen echar por tierra los mejores propósitos. La últi-

ma carta de su anciana madre, asegurándole el empleo prometido por un cacique de la situación en cuanto poseyera su título de Licenciado *in utroque jure*, le comprometía más á salir *aprobado* por lo menos en los exámenes, y su misma naturaleza reconcentrada y reflexiva se prestaba gustosa y sin gran esfuerzo á la encerrona proyectada. Para Luis la cosa era bastante más difícil. No sólo tenía ocupado su corazón por la imagen encantadora y pizpereta de Lola, sino que viviendo ésta en la misma casa y acostumbrado á verla á todas horas y á salir con ella continuamente por calles y paseos, ¿cómo cerrar por completo, siquiera no fuera más que por un mes, toda comunicación y evitar todo contacto con una muchacha alegre y enamorada, con una chiquilla linda y no muy esclava de las preocupaciones sociales?

Acabando de echar estos planes y obedeciendo á la llamada de Roque, que cantaba desde la puerta del comedor

La campana navarra ha sonado...

para entregarse á las necesidades del almuerzo, estaban los dos chicos en el quicio de la puerta del cuarto de Miguel, cuando abriéndose la de la escalera con el solo empuje de una mano práctica, aparecieron en el pasillo las dos jóvenes á quienes hemos visto bajar por la calle de Atocha en animado é interesante diálogo.

— ¡Guardia de honor! — exclamó alegre Lola al divisar á los dos muchachos.

— ¡Hola! Género nuevo — dijo Luis, admirado de ver á la compañera de Lola, que entraba con ella en la casa. — ¿Qué bienes nos vienen con esa gracia?

— ¡Oh placer!  
¡Ya está ahí!  
¡No hay más sol  
Para mí!

canturreó alegremente Roque, con música de Gaztambide.

Pero por extraño caso, y como sacudidos por una misma chispa eléctrica, Matilde al ver á Miguel y éste al fijarse en el rostro de la compañera de Lola prorrumpieron simultáneamente en una exclamación de sorpresa.

— ¡Ah! ¡Él aquí!... Vive en esta casa. ¡Qué contrariedad! — murmuró por lo bajo Matilde, mientras saludaba con una inclinación ligerísima de cabeza al buen chico, que apartóse para dejarla más franco el paso por el estrecho pasillo.

— ¡Ella, amiga de Lola, en esta casa! ¿Quién había de decirlo? ¡Gracias á Dios que he vuelto á verla! — murmuró él también en voz baja.

— ¡Hola! ¡hola! ¡Sorpresita de teatro tenemos! ¿Se conocían ustedes? — dijo Lola á Matilde, pasando por delante de los dos huéspedes con dirección al comedor y en busca de *la Aragonesa*.

— Ya te lo contaré todo — dijo Matilde. — ¡Es una casualidad inesperada! — y su voz se perdió por el corredor, mientras Lola después de oirla, decía á gritos:

— ¡Doña Julia! ¡Patroncita!, ¿está usted en la cocina? Vengo de negocios.

— ¡Por una niña americana  
Tan retrechera como eres tú,  
Todo mi cuerpo se deshilvana  
Y me retoza la juventud!..

gritaba Roque con música de Barbieri, abriendo á Lola la puerta de la cocina.

— Ese abejorro se ha propuesto galanteármela en público y á grito pelado, y le voy á romper una pata el mejor día — exclamó algo amostazado Luis, mientras Miguel se había quedado absorto y como clavado en la puerta de su cuarto desde la aparición de Matilde. Hasta este momento casi no había reparado Luis en la turbación de su amigo; pero ésta era ya tan marcada, que no pudo menos de extrañarle.

— ¿Qué te sucede, hombre? ¡Parece que has visto al diablo! ¿Te ocurre algo de particular? ¿Qué tienes que ver con esa muchacha? ¿De qué la conoces?

— No es cosa muy grave ni muy larga; pero si he de decirte lo que pienso, me alegraría que conocieras el caso, para ver qué opinas de él.

— ¡Calla! ¿Y no me habías contado hasta hoy la aventura, puesto que sin duda de aventura se trata? ¡Buenos amigos tienes, Benito!

— No te he dicho nada de este asunto — contestó Miguel — porque creí que no tendría resultados ulteriores ningunos; pero como la venida de esa mujer á esta casa puede traerlos, y de consecuencias importantes quizás, bueno es que estés prevenido.

— El que ha de estar prevenido eres tú, á juzgar por la impresión que te ha hecho su vista; pero en fin, aprovechando esta tregua que, según veo, dan todos al almuerzo desde la llegada de esa desconocida, desembucha al instante el misterio y sepamos á qué atenernos.

— Ven pronto — repuso Miguel, y empujó á su amigo al interior de su cuarto.

Mientras Matilde y Lola hablaban en la cocina con *la Aragonesa*, Roque esperaba su salida en la puerta del comedor, y D. Atanasio, asomado al balcón, liaba un cigarrillo con la calma de un bienaventurado.

— ¿Tiene esta historia que vas á contarme relación directa con el taciturno estado de tu espíritu desde dos meses á esta parte? Tu serena melancolía, más excitada que de costumbre, ¿va á tener, si no explicación, disculpa al menos, con la aventura que vas á relatarme? ¿Es que tú también viajas por los espacios imaginarios del idealismo romántico? — dijo Luis á su amigo al penetrar en el cuarto.

— Ante todo y para que no empieces á sacar consecuencias erróneas de tus juicios temerarios — le contestó Miguel sonriéndose, — conviene advertirte que la

aventura, si aventura puede llamarse, no es romántica ni ideal, sino prosaica, vulgarota y naturalista por todo extremo; que si ha dejado en mí alguna impresión, no sé si será duradera y profunda, y que no te la cuento porque sea en sí misma grave y trascendental, sino porque dada tu mayor práctica en esas materias, me puedes servir de mucho con tus consejos ó tus apreciaciones.

— Entra ya en materia, que el tiempo urge y mi curiosidad es grande.

— Hará cosa de dos meses, que al salir yo de casa de López, calle de Santa Isabel, núm. 5, donde sabes que nos reuníamos á repasar el curso por las noches cinco chicos del año, con ganas de tomar el aire antes de venirme á casa, en vez de seguir con ellos por la plaza de Antón Martín, me bajé solo y muy despacio por la primera calle, con el objeto de atravesar la de Santa Inés. La noche estaba obscurísima y el viento huracanado de los primeros días de marzo soplaba con violencia por las bocacalles. Al pasar por la del Salitre, sin darme cuenta de lo que hacía y distraído sin duda con las preguntas últimas del programa de Derecho mercantil, á que yo no había respondido en el repaso satisfactoriamente, torcí la acera y comencé á bajar la empinada cuesta, á cien leguas de mí mismo y del lugar en que me encontraba. La calle estaba desierta. Eran las diez de la noche, y los portales de las casas de mejor apariencia ya estaban cerrados completamente. Sólo las destartaladas

casas de vecindad que en aquel larguísimo callejón abundan, enseñaban al transeunte su pasadizo obscuro y sus patinillos débilmente alumbrados por farolillos agonizantes. Al final de la calle, lejos, muy lejos todavía del sitio donde yo me encontraba, se veía lucir con llama oscilante é intermitente el farol de un sereno; y á pocos pasos de mí, se proyectaba en la pared de enfrente de un tenducho miserable la débil claridad del quinqué que le alumbraba. Sentí pasos detrás de mí, pero ligeros, apresurados y al mismo tiempo con medida y compás exacto: eran sin duda de una persona que no iba como yo á la ventura y sin rumbo fijo, sino á cosa hecha y necesaria. A los pocos momentos pasó rápida á mi lado una mujer, joven sin duda y de agradable busto, á juzgar por lo poco que de ella pude distinguir en la precipitación de su marcha y la penumbra que nos envolvía á ambos; dos minutos más, y ya no distinguía sin dificultad su busto esfumado por la sombra y la distancia; pero á pesar de éstas, creí notar que la mujer se había detenido y que otras sombras á modo de seres fantásticos habían surgido del suelo para detener su paso. Hasta creí distinguir voces confusas y algo como ayes ó quejidos. Sin darme cuenta de lo que hacía, y por modo y arranque quijotesco, verdadera herencia histórica de nuestra literatura y nuestra raza, eché á correr calle abajo con ánimo emprendedor y bastón en ristre, no faltándome para completa semejanza con el *caballero de la Triste figura* más

que el yelmo de Mambrino y el descompuesto galope del mansísimo Rocinante.

— Veo que con acierto calificaba yo de *aventura* la escena que vas á describirme. Continúa, que lo haces de perlas.

— No sé qué fué más rápido, si llegar yo al centro de la calle, ver que dos hombres de mala facha cortaban el paso y trataban de abrazar á la mujer que había pasado cerca de mí, oír sus gritos de angustia, enarbolár yo el bastón, repartir palos imprevistos y desahorados sobre las costillas de los dos malvados ó beodos, ó encontrarme á solas con mi desconocida en medio de la calle, mientras ellos huían como alma que lleva el diablo. «Ya tiene usted la calle libre, señora, le dije; perdóneme usted mi ingerencia en su camino, siquiera en gracia de lo oportuno de mi socorro.» Acercóse entonces á mí, pude ver en medio de la obscuridad de la noche un rostro juvenil, presa aún del espanto causado por la brusca acometida de los dos pilletes, y con voz de timbre purísima, temblona por la emoción, me dijo: «¡Oh! Gracias mil, caballero, por su valor y su buena oportunidad. No sé qué hubiera sucedido sin su intervención generosa. La verdad es que no puedo dar un paso.— Si va usted algo lejos y no cree que soy indiscreto, le rogaría que admitiese mi brazo, hasta que saliéramos á lo menos de estas callejuelas malditas. En sitio más claro y concurrido, ya que la noche es de perros, puede usted continuar sola su ruta, dejándola tranquila y

más acompañada. — La verdad es que aún estoy temblando de miedo, y casi no puedo tenerme en pie. Repito á usted las gracias, y le suplico que me acompañe algunos pasos más; estoy cerca de mi casa.» Yo me acerqué entonces, ella se cogió del brazo que la ofrecía, y juntos seguimos bajando por la acera derecha de la cuesta. «¿Conocía usted por casualidad á alguno de los que la han acometido? ¿ó cree que ese ataque no ha obedecido á un plan premeditado? — ¡Oh! De ningún modo. Esos hombres salieron de esa mala taberna al tiempo mismo que yo pasaba. Me vieron sola, estaban sin duda borrachos, y la soledad de la calle y la obscuridad de la noche les dieron audacia para atropellarme. — Esta calle no puede estar peor guardada, y eso que los muchos portales oscuros que hay en ella abiertos todavía á estas horas, pueden ser guarida de malhechores con facilidad suma. — ¡Oh! Al contrario, esas casas de vecindad tienen tantos inquilinos y hay en ellas tantas puertas de las habitaciones abiertas á todas horas, que están perfectamente defendidas. Lo peor de todo es la calle en noches como esta. El sereno que hay al principio de ella, siempre está en la tienda de la esquina de la de Santa Isabel; y el otro que debe estar hacia el medio, siempre se encuentra al fin, en la buñolería, de modo que casi nunca los encuentro á mi paso al retirarme á mi casa. — ¿Vive usted en esta calle?» la pregunté yo con la mayor indiferencia del mundo y como si no me hubiera hecho cierto cosqui-



No puedo ofrecer á usted mi casa.....



lleo agradable en el brazo el contacto tibio de su turgente seno.

— ¡Hola, hola! ¡Esas tenemos, señor Lovelace! — le interrumpió Luis sin poder contener su risa. — ¡Cátate al casto D. Quijote convertido en el procaz D. Juan Tenorio!

— Ni tanto ni tan poco; pero como no soy ni peor ni mejor que cualquier otro hombre, no es extraño que al ver tan cerca de mí á una mujer joven y bonita, solos, de noche y después del lance que te he pintado, cruzaran por mi imaginación ideas algo agradables y un si es no es pecaminosas. Ella, ó no se dió cuenta de la intención de mi pregunta, ó bien porque así fuera cierto ó porque sin serlo quiso dejarme á la completa luna de Valencia respecto á su persona, me contestó deteniendo de repente su paso y desasiéndose con gran sencillez de mi brazo: «Tan cerca, que ya hemos llegado. Aquí es,» me dijo, señalando á una puerta pequeña, con un portal de aquellos de casa de vecindad de que habíamos hablado. ¡Diantre de casualidad! Encima de la puerta había uno de los tres únicos faroles que alumbraban la calle, pero cuya llama oscilaba sin cesar por el viento fuerte y frío de la noche. A pesar de sus oscilaciones y en un momento de quietud relativa, el resplandor del mechero iluminó de frente el rostro de mi compañera. Era bello y simpático; sus ojos negros, su tez morena y pálida, sus labios descoloridos aún por la emoción, le hacían interesante, y su porte, aunque humilde, distinguido y